

Apuntes

Don Miguel de Unamuno

Por A. BAQUERIZO MORENO

= De la revista Casa de Montalvo, Ambato, Ecuador, Enero-abril de 1937 =

Diciembre de 1936. Unamuno ha muerto, nos dice el cable, en este fin de año. Una gran cabeza, paradójica como la que más. Grande ingenio de honda, hondísima penetración; pero de aquellos que nos dejan en dudas, perplejos, vacilantes, acerca de lo que piensan, dicen o sienten. De mucho saber y comprensión; de un saber que pasma, pues no parece sino que llevara en la memoria toda una biblioteca en diversos idiomas, biblioteca que abarca desde la más remota antigüedad, hasta estos nuestros flamantes días de volantes, folletos y periódicos voluminosos como libros.

A don Miguel le dan la primacía sobre no pocos de los escritores españoles contemporáneos. Se extiende a más, es más amplio y correcto que muchos de ellos. A veces rebuscado, y a veces difuso en extremo. Facundia abundantísima para bien poca cosa, en ocasiones. Defecto este, si lo es, que puede observarse en España como achaque un tanto común, por lo general, de cuantos escribieron ayer y escriben hoy y escribirán mañana.

De Unamuno, no es mucho lo que he leído, y tengo entre mis libros, a lo que me acuerdo, *Mi Religión y otros breves ensayos*, Cartas, artículos para la prensa diaria, todos ellos eruditos, de agradable y fácil lectura; y digo fácil, porque los hay tan pesados y fatigosos, que al leerlos, parece que el lector se moviera cuesta arriba, y que, lejos de coronarla, se quedara triste y agobiado, a mitad del camino, si a tanto llega.

Leí hace tiempo la *Vida de don Quijote y Sancho Panza*. Comentarlo o acotación de la que escribió Cervantes cuando frisaba la edad del inmortal hidalgo con los cincuenta años, hasta que en ese lugar de la Mancha, de donde era nativo, y cuyo nombre no quiso dar el autor de tan maravilloso libro, *murió sencillamente, sin comedia alguna, sin reunir gente en torno de su lecho, ni hacer espectáculo de la muerte, como se mueren los verdaderos santos y los verdaderos héroes, casi como los animales se mueren: acostándose a morir*. Así murió Iñigo de Loyola, el santo, que cita Unamuno; y así murió cincuenta años después, el héroe, don Quijote, el cual murió tan loco de cordura que no quiso para su sobrina marido que supiese qué cosa sean los libros de caballería.

Por lo que hace a mí, creo que mejor es leer libros como *El Quijote*, sin comentario de extraños; para que de ese modo quede grabada en la memoria y el



La garra de Unamuno apretando el cráneo microcéfalo de un troglodita germanófilo español (1924).

(Caricatura de Bugaía)

cerebro, directamente, la impresión que nos deje su lectura. El comentario de Unamuno, y los de Clemencín y los de nuestro inimitable don Juan, nos llevan a menudo fuera del original; y nos lo reemplazan, o nos alejan y apartan de él, o lo sustituyen con el Quijote que miran o admiran cada uno de ellos, y que suele ser, por esto, un Quijote muy distinto del que conocemos y del que conoció el propio don Miguel de Cervantes y Saavedra.

Y en la explicación y comentario del Quijote, exclama Unamuno en la página 176 de la edición de 1905: *Sí; es lo que necesitamos: una nueva guerra civil. Es menester afirmar que deben ser y son yelmos y no bacías, y que se arme sobre ello pendencia, como la que se armó en la venta. Una nueva guerra civil con unas o con otras armas. Luego en la página 177, exclama también: ¡Paz! ¡Paz! ¡Paz! croan a coro todas las ranas y renacuajos todos de nuestro charco... Sí, sea paz, pero sobre el triunfo de la sinceridad, sobre la derrota de la mentira. Paz, pero no una paz de compromiso, no un miserable convenio como el que negocian los políticos, sino paz de comprensión. Vino la guerra civil, la tremenda guerra ci-*

vil necesitada en España, según el Rector de Salamanca; guerra muy otra de la que pensó sin duda; esa del yelmo y la bacía, guerra casera; pues el yelmo y la bacía son ahora, fascismo y comunismo; y lejos de ser guerra civil, es guerra con asomos de internacional, guerra encendida y fomentada con armas y voluntarios que acuden de fuera presurosos, no para acabar en un convenio de políticos españoles, sino en la derrota, el hundimiento y la muerte de unos y otros con su respectiva ideología, sus voluntarios y sus armas.

Mayor desolación no puede verse seguramente. España convertido en dolorosísimo campo de Agramante, sin que en él llegue a oírse hasta ahora, aquella gran voz que apaciguó el cotarro; aquel formidable trueno de *ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida*. Y pienso que aún la voz, que aún el trueno fueran cosa vana. Allí, en la península, nadie quiere quedar con vida, ninguno de los combatientes; antes bien quieren morir, con tal que sobrevivan el fascio o el soviet. Allí se pelea no por el yelmo y la bacía, ignorados hoy; allí se pelea ya, al pare-

cer por Mussolini y Hitler y por Stalin el ruso.

Don Miguel vió el comienzo de la guerra; pero se nos ha ido del mundo sin sospechar, sin vislumbrar siquiera, el final de ella. Dicen que estuvo con los rebeldes y que luego, desengañado, se pronunció por los rojos. ¿Qué habrá de cierto en esto? Oh Señor Rector, Señor Rector ¿es yelmo o es bacía eso por lo que se pelea tan agria y bárbaramente, no sólo en Castilla, sino más allá, mucho más allá de la llanura de las quijoterías cervantescas, hasta donde acaba la tierra de los Cides y Pelayos, de los Carlos y Felipes, de los Castelares y Maragalls y Unamunos...? Se fue dejándola desatada, en lo más recio y sangriento de ella... Unamuno puso prólogo a las *Catilinarias de Montalvo*, y habló con ocasión de la placa colocada en la casa en que murió el mismo Montalvo en París. En las *Catilinarias* busca, *desechando literatura erudita, esquivando artificio retórico, los insultos, sí, los insultos...* Y esto ¿por qué? Pues sencillamente porque Unamuno era entonces un desterrado de Primo de Rivera, Montalvo y Veintamilla, Unamuno y Primo de Rivera. Se encontró, dice, con *el Ecuador, la nacionzuela—como alguna vez la llamó Veintimilla—y la triste nacioncilla de Primo de Rivera y sus consortes*. El prólogo le sirvió para desahogo, para buscar insultos y no literatura; me parece que anda muy lejos de don Juan, este don Miguel. La verdad, ni Valera, ni Unamuno, me satisfacen como prologistas de Montalvo.

En los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes *apenas hay más que las líneas con que termina el capítulo XLVI dedicadas a Ignacio de Veintimilla*, afirma y las reproduce. *Esto, el insulto*. No hay esos Capítulos, para Unamuno, sino aquellas líneas, líneas de insultos. ¿Y lo demás?... Confiesa que no pudo acabar la lectura de los Capítulos. Sin duda le bastó el final del XLVI, los insultos que el quería aplicar a Primo de Rivera. No, no. Montalvo no buscaba, no escribía el insulto por el insulto. Salía este de su pluma, cuando salía, por ley de necesidad, no para gozo y menos deleite suyo.

Dijo en París que el Ecuador de hoy —Junio de 1925— era *un pueblo libre, instruido, digno*. ¿Qué habíamos sido antes? ¿Qué hemos sido después con las dictaduras que nos han sobrevenido? ¿Por qué hablar así? ¿Por qué elogiar el hoy de un

(Pasa a la página 63)